

Lester Young

Por Yannick Bruynoughe

A la edad de 47 años, Lester Young es casi un personaje de leyenda. Desde hace más de 10 años, se escriben y cuentan de él las cosas más extravagantes, que se añaden a esta atmósfera de leyenda y nueve de cada diez veces, sólo pueden perjudicarlo. ¿Por qué todo esto?

La personalidad de Lester Young, como la de tantos otros músicos, se parece a la música que crea. Si tienen ocasión de conocer intimamente a alguno de estos grandes artistas, tendrán frecuentemente ocasión de comprobar este hecho.

Lester aparece como un ser muy personal, profundamente original. Enteramente replegado sobre sí mismo da la impresión, en público, de ser completamente indiferente a todo lo que le rodea tanto al público como a la música misma. En realidad, podrá más tarde, dar detalles muy precisos sobre todo lo que ha pasado e imitar a la gente con una mímica extraordinaria.

Siente horror de encontrarse con personas que no conozca y con las que por educación deba conversar. ¿Se dan cuenta de la molestia que puede representar para algunos hombres ser considerados constantemente como objetos de curiosidad y rodeados de gente que les miran como si fuesen una bestia rara, de gente que a menudo no hablan su misma lengua? Esta aparente indiferencia, este aire ausente esconden en realidad una timidez y una sensibilidad a veces excesiva.

Evidentemente de esto pueden provenir sus cambios de humor, sus excesos que fatalmente llevan consigo una irregular inspiración.

Muchos aficionados al Jazz, e igualmente algunos músicos, se hacen de los grandes creadores negros una idea ciertamente falsa, y esta imagen desgraciadamente es mantenida por la prensa.

Tengo ante mí un artículo de Leonard Feather sobre Lester Young. Entre otras cosas, puede leerse: «Cuando fui un día a un hotel de Nueva York para entrevistarle, se disponía a escuchar con mucho interés *Slow Boat to China*, por Kay Kyser, que pasó una y otra vez, con gran satisfac-



Lester Young

ción por su parte y desesperación de la mía, durante toda nuestra conversación».

¿No se dio cuenta de que Lester Young no deseaba ser entrevistado y lo que buscaba era desembarazarse de él?

Naturalmente que no; él dice: «Ved cómo le gusta esta música». De hecho, puede ser así, en cierto modo. Muchos músicos, terminado su trabajo, escuchan una música que no deban oír con atención. ¿No es esto normal? Eso no impide que cuando Lester supo que yo poseía discos de Clara Smith y de Memphis Minnie diese saltos de entusiasmo expresando su deseo de escucharlos. Aquí, basta observar, hay un interés real. No se trata de una música de fondo solamente.

En el mismo artículo de Feather, esta frase desconcertante: «El (Lester) se expresa en una jerga que sus propios amigos tienen dificultad en comprender: ¡Debe creerse, ciertamente, que Leonard en su vida ha hablado con Lester Young quien, me apresuro a decirlo, habla de una manera completamente normal! Pudiera ser que se tratase de una farsa más, para librarse de este periodista que pretende sin enrojecer que «los gustos de Lester le han llevado decididamente hacia el bop, el Modern Jazz Quartet, los diferentes conjuntos dirigidos por Gerry Mulligan y su propio grupo le satisfacen enormemente».

Sitúense por un instante en el lugar de un músico célebre. Cualquiera aficionado, completamente desconocido para él, o un periodista se presentan y le apremian a preguntas: «¿Qué piensa Vd. de tal solista?». «¿Le gusta esto o aquello?, etc. ¿Qué quieren Vds. que responda? Desde luego lo hará evasivamente y más bien en sentido favorable. Es raro que ocurra de otro modo, pero será diferente si se trata de un músico conocido y con el que se pueda discutir durante horas animadamente y con preferencia escuchando discos. Puedo afirmar que los gustos de Lester no están de acuerdo con los que le concede Feather arbitrariamente, y que, por otra parte, no coinciden con los que le atribuye Mat Hentoff en una entrevista.

«No me atraen los baterías que bombardean, dice Lester. Deseo que esté integrado a la sección. Cuando golpea sus bombos, destruye el ritmo. En pequeñas formaciones, me gusta que toque su gran platillo, y los cuatro tiempos en el bombo ¡Pequeñas y simples cosas pero no estridencias! Me gustaría que el jazz fuese interpretado con más frecuencia para la danza. Me atrae tocar para el baile porque me gusta bailar. El ritmo de los bailarines «te llega» cuando se toca para ellos y se consigue más fácilmente elegir el tiempo ideal».

¿Estas declaraciones no están en